

NOTICIAS ACADÉMICAS

**COLOQUIO INTERNACIONAL
SOBRE ESTADO
Y SOCIEDAD EN ÁFRICA**

ENTRE EL 13 Y EL 28 de octubre de 1983, se llevó a cabo en Oaxtepec, centro vacacional ubicado a menos de un centenar de kilómetros de la Ciudad de México, un Coloquio Internacional sobre Estado y Sociedad en África, auspiciado por El Colegio de México y la Comisión Conjunta de Estudios Africanos del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales (cuyas siglas en inglés son SSRC), con sede en Estados Unidos. Con tal motivo, llegaron una veintena de invitados provenientes de diversos países africanos y de Estados Unidos, que tuvieron oportunidad de dialogar durante una semana con colegas de México y de otros países latinoamericanos, así como con especialistas de El Colegio de México y estudiantes del programa de Maestría en estudios africanos del Centro de Estudios de Asia y África.

El coloquio fue coordinado por Anyang' Nyong'o, entonces profesor visitante en el CEEA, y contó con la colaboración de un comité local integrado por Celma Agüero, Simone Bencheikh, Kintambu Mafuku, Kassahun Checole y Massimango Kagabo, todos ellos pertenecientes al área de África, del CEEA. La inauguración se llevó a cabo el lunes 23 de octubre en el Auditorio Alfonso Reyes, de El Colegio de México. En esa ocasión, el Coordinador del Coloquio, profesor Nyong'o, hizo uso de la palabra para dar la bienvenida a los invitados y exponer de manera muy clara los problemas que debe afrontar este tipo de evento, toda vez que los intereses de ciertos sectores tratan de obstaculizar su puesta en práctica.

Vale la pena citar *in extenso* algunos párrafos del discurso:

Durante largo tiempo hemos venido hablando en el Tercer Mundo de la necesidad de una cooperación mayor entre nosotros. En la actualidad, son numerosas las organizaciones cuyo fin es promover la cooperación en el Tercer Mundo, así como la cooperación Sur-Sur. Pero la cooperación es imposible a menos que todos nos conozcamos y tengamos una clara idea de nuestros problemas, así como de las cuestiones que ellos implican y de las posibles soluciones. Ésta es la razón por la cual ha venido creciendo entre los estudiosos la tendencia a analizar estos problemas en términos globales y a realizar investigaciones comparadas en varias áreas de la vida humana.

A este respecto, África y América Latina tienen mucho en común y, en lo que se refiere a resolver los actuales problemas, podemos beneficiarnos con nuestras respectivas experiencias. Sin embargo, esto no se concretará en tanto nos desconozcamos mutuamente. Quizá la utilidad de organizar un Coloquio de esta naturaleza en América Latina sea el medio de proveernos de un contexto en el cual comencemos a aprender, un contexto que sirva para diseñar proyectos conjuntos en el futuro.

Para negarnos su apoyo, en el proceso de preparación de este Coloquio, no pudieron dejar de sorprenderme las razones dadas por ciertas organizaciones. A la vez que reconocían el valor y el contenido del Coloquio, lamentaban no poder prestarnos su ayuda aduciendo que "éste no es el tipo de proyecto que normalmente apoyamos". Otros expresaron que "este Coloquio no tiene cabida dentro de nuestros proyectos y prioridades actuales". No hay duda de que tenían razón. Pero nosotros también tenemos razón cuando sentimos que, para comenzar a entender nuestros problemas y a concebir nuevas formas de analizarlos, necesitamos de este tipo de coloquios, en contextos como éste.

A la vez que doy la bienvenida a México a los miembros de la Comisión Conjunta de Estudios Africanos, quiero darles las gracias por su papel de excelentes anfitriones en este coloquio. Creo que de no haber sido por la cuidadosa planificación de la Comisión, la asistencia al Coloquio habría sido menos numerosa. A Martha Gephart, Lily Heom, Alian Issacman y todos los miembros, gracias en nombre de El Colegio.

Las discusiones se llevaron a cabo en la Torre Parlamentaria del Centro Vacacional de Oaxtepec. Las ponencias presentadas se dividieron, de acuerdo con la naturaleza de su contenido, en tres secciones en días sucesivos. La primera trató sobre aspectos conceptuales del Estado y sociedad. La segunda exa-

minó la capacidad del Estado africano como agente de desarrollo socioeconómico. La tercera sección abarcó el estudio de casos del Estado y la sociedad en diez países africanos: Nigeria, Ghana, Costa de Marfil, Camerún, Senegal, Zaire, Mauricio, Tanzania, Kenia y Etiopía. En la sección del día jueves por la mañana se hizo una recapitulación de las cuestiones surgidas a lo largo de las jornadas anteriores. Por la tarde, los invitados fueron a visitar un ejido de la región, guiados por la profesora Lourdes Arizpe.

En las tres mesas de discusión del viernes, se trataron, sucesivamente, los siguientes temas: "Democracia y progreso social en África", "Literatura y sociedad en África" y "El Estado y el futuro de África: ¿Reforma, revolución o crisis permanente?".

Al clima de cordialidad que privó en todas las jornadas debe sumarse el interés suscitado por dos excelentes películas presentadas en el Auditorio de la Torre Parlamentaria: *Refugiados en el Cuerno de África*, un valioso documental sobre el problema eritreo, y el magnífico largometraje de ficción *Emittai*, del casi desconocido en América Latina, Ousmane Sembene, donde se trata un episodio de la Segunda Guerra Mundial en una pequeña población africana cuando sus habitantes observan azorados la forma en que el gobierno colonial trata de involucrarlos por la fuerza en un conflicto que no les pertenece.

GUILLERMO QUARTUCCI

PAPELES SOCIALES FEMENINOS EN EL ÁFRICA OCCIDENTAL DE EXPRESIÓN FRANCESA*

NELIE SÁ PEREIRA

LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES en la historia africana fue, en algunas ocasiones, de gran importancia. El caso más conocido —quizás por haber sido el que más impresionó a los europeos— es el de las amazonas, mujeres guerreras del antiguo reino de Dahomey, en la región costera del actual Benín. Las mujeres del rey podían llegar a dos mil y se dividían entre las esposas propiamente dichas (las cuales ejercían control administrativo sobre los funcionarios); las esclavas; las ancianas (que se beneficiaban de una especie de servicio de asistencia), y las amazonas, combatientes que debían permanecer castas. En el siglo XIX estas últimas constituían una tropa de élite armada con fusiles, y entre 1890 y 1892, trabaron los últimos combates contra el ejército francés.

Entre los hausa del Níger y del Chad, las mujeres fundaron ciudades, dirigieron migraciones y conquistaron reinos. Entre el grupo matrilineal de los achanti y otros grupos akan existen narraciones acerca de estados fundados por mujeres, de los cuales el más conocido es el reino baoulé, creado por la reina Pokou, de la familia real Achanti, en la región de la actual Costa de Marfil. Sobre todo en el África Central, y más específicamente en algunos estados centralizados, siempre

* El presente trabajo forma parte de una investigación que realiza actualmente la autora como parte de sus estudios de Maestría en Etnohistoria en la Universidad de Provenza, Aix-en-Provence, Francia. Fue presentado en el III Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios Afroasiáticos, realizado en Río de Janeiro, agosto de 1983.

había mujeres asociadas al poder o una triada que ejercía el gobierno: por lo general el rey, su madre y una hermana o tía. De acuerdo con el grupo, los poderes, las prerrogativas, los derechos y los deberes de estas mujeres podían variar en los diversos niveles de la vida social. Pero, independientemente de sus funciones políticas, tales mujeres poseían derechos y privilegios que, de hecho, contrastaban con los del conjunto de mujeres de la comunidad, lo que se debía a su origen social. Esta situación las excluía del conjunto de la población femenina y les permitía tener un comportamiento semejante al de los hombres.

Parece que la que poseía mayores poderes era la Mafo, madre o hija del rey Bamileké del actual Camerún. La Mafo dirigía a las mujeres del reino y por consiguiente, tenía poder de decisión sobre las actividades agrícolas de la comunidad. Era ella quien presidía todas las asociaciones femeninas y era la única mujer con derecho a participar de las asociaciones masculinas. A la muerte del rey, si el heredero era todavía muy joven, la Mafo asumía la regencia. Su autoridad era incuestionable y gozaba de completa inmunidad. Sus dominios eran inviolables y ni siquiera el rey podía invadirlos en busca de alguien que se hubiera refugiado allí. La Mafo poseía las prerrogativas de un jefe de familia, además de bienes propios de los cuales podía disponer como quisiera. No era pedida en matrimonio, sino que escogía a su marido y podía repudiarlo. Tenía derecho al adulterio, pero no a la poliandría. Para ella no existía la dote y sus hijos le pertenecían bajo cualquier circunstancia. La Mafo participaba del carácter divino del rey y tenía derecho a los mismos ritos funerarios que él.

De cierto modo, las esposas del rey Bamileké también participaban del poder. Ellas representaban el papel de agentes de ejecución de las órdenes reales, recogían los impuestos y reclutaban trabajadores. En conclusión, el rey utilizaba a sus mujeres para fiscalizar sus dominios, lo que frecuentemente creaba conflictos con los notables. A pesar de algunas prerrogativas y libertades, la condición de las esposas del rey no era para nada comparable a la de la Mafo. Por ejemplo, si eran culpables de algún delito recibían castigos violentos, sobre to-

do en caso de adulterio. Según Delarozzière,¹ en el inicio de la ocupación europea algunas mujeres de la familia del rey Bamileké asumieron el comando de ciertos grupos.

Entre los serere y oulof del Senegal, la Linguere (o Lingee) —madre, hermana, hija o sobrina del rey— lideraba al conjunto de las mujeres. Ella tenía derecho a los impuestos cobrados en una determinada región y gerenciaba los bienes de la familia real. Antes de la islamización, el poder era transmitido por la Linguere, en línea matrilineal.

Entre los bateké del Congo la esposa del rey dirigía al conjunto de las mujeres y además estaba al frente de las actividades agrícolas. En el caso de la muerte del rey, era ella quien asumía el poder hasta casarse de nuevo. Para el caso de los kotoko del norte del actual Camerún, en los márgenes del Lago Chad, dos mujeres estaban al lado del rey: la Magira y la Gumsu. La Magira, cuyos dominios también eran sitios de asilo, era la madre o la hermana del rey. Junto con la Gumsu ella dirigía a las mujeres de la capital, especialmente las de la nobleza. La Gumsu, considerada la primera mujer del reino, era la esposa del rey e hija del primer dignatario de la comunidad. Ella jamás podía tener hijos —por lo que se alimentaba de plantas abortivas—, pero era quien cuidaba de los hijos de las otras mujeres del rey. Desde el punto de vista político, la Gumsu desempeñaba un importante papel. Era ella la que escogía y nombraba al jefe del ejército y de la policía. Además, en cada aglomeración del reino kotoko dos mujeres —las Mra Saba—, representaban frente a las mujeres locales un papel semejante al de la Magira y de la Gumsu en la capital. Las Mra Saba eran nombradas por las otras mujeres para dirigir el trabajo y las diversiones femeninas, para resolver sus conflictos internos y defender sus intereses. No participaban de la vida política de la aldea, pero dirigían los juegos y las danzas, además de desempeñar un importante papel en la pesca colectiva.

¹ Delarozzière, R., "Les Institutions Politiques et Sociales des Populations Dites Bamileké", en *Études Camerounaises*, Tomo II, No. 25-26 (pp. 5-68) y 27-28 (pp. 127-175), 1949.

Con relación a los noupé, peuls del centro oeste nigeriano, dos antiguos títulos fueron conservados: el de la Nimvoye y el de la Sagi, concedidos a la madre, tía paterna, hermana, o hija del rey. Ellas tenían mucha influencia, pero pocas prerrogativas políticas. Su principal función era la de resolver los posibles conflictos entre las mujeres, principalmente los surgidos entre las de origen noble. Tal como en el caso de los kotoko, existía entre los noupé una mujer que representaba, a nivel de las mujeres del pueblo, funciones comparables a las de la Sagi y de la Nimvoye frente a las nobles. Era llamada Sonya, y la elegían las mujeres casadas de la ciudad de Bida. Su título era confirmado por el rey. La Sonya organizaba todos los trabajos de interés colectivo, fiscalizaba el mercado y recibía un diezmo sobre todas las transacciones comerciales, del cual debía entregar una parte a la reina. En cada aldea tales funciones eran desempeñadas por una mujer electa entre las demás, la Sagi, título anteriormente reservado a una de las principales mujeres del reino. Tal denominación sustituyó a la de Lelu, atribuida antes a la mujer detentadora del poder mágico al nivel de toda la comunidad. Dicho poder, puesto al servicio del grupo, podía hacerlo beneficiario directo de sus dones.

En algunas comunidades las mujeres podían ser herederas del poder, como entre los bacouba del Zaire y los bambara y mindossa de la región D'okondja, entre Gabón y el Congo. Entre estos últimos, cuando una mujer casada asumía el poder se rompía su matrimonio y podía tener amantes, los cuales no tenía ningún derecho sobre ella. Considerada como un hombre, esta mujer era de hecho del jefe de la caza y de la guerra y podía, contrariamente a las otras mujeres, invocar a los ancestros.

En grupos como los oubi, los wobe de Costa de Marfil, los ewe de Ghana, Togo y Benin, y los ibo del sur de Nigeria, las mujeres jefes o presidentes de las asociaciones femeninas eran personajes poderosos, pero no necesariamente estaban ligadas al líder de la comunidad. Eran electas en función de su sabiduría, personalidad, capacidad y experiencia. La edad y la riqueza en nada pesaban en esta elección. En caso de guerra, ellas decidían si la intervención femenina era oportuna o no.

Por último, eran estas mujeres las que se hacían responsables de todo lo relacionado con la agricultura y con la defensa de los intereses femeninos en general.

El papel político

En las sociedades donde la base del sistema político era la organización familiar, la participación de las mujeres en la administración pública era menos definida que la de las mujeres ligadas al poder en sociedades regidas por estados centralizados. Mientras más difuso era el poder, mayor era el número de mujeres que participaban de él.

El papel político de las mujeres está en relación directa con su papel económico y religioso. La capacidad de comunicación con las divinidades y de invocación de los ancestros se traducían, en la práctica, en un poder efectivo. La participación en la producción y la complementariedad de tareas —ligadas a la responsabilidad de las mujeres como productoras y reproductoras— les permitía disfrutar de un poder real, aunque bastante indefinido. Sin embargo, todas estas funciones (de dadoras de vida, de alimento y de transmisión por el contacto con lo sagrado) quizá no se hubieran traducido en poder si una solidaridad activa no hubiera transformado las mujeres en una importante fuerza de presión.

La fuerza femenina deriva esencialmente de su solidaridad y capacidad para organizarse. El caso de las sociedades pastoriles ilustra muy bien esta idea, pues en estas sociedades —bastante individualistas en comparación con otras formas sociales africanas— no existían asociaciones femeninas y el papel de las mujeres era particularmente opaco.

Sobre todo en el cuadro de lo que podríamos llamar la “política exterior” o la “diplomacia”, las mujeres ejercían papeles de primera importancia. En caso de conflicto, ellas se encargaban de establecer el contacto con la tribu enemiga para el cese de las hostilidades, ya sea dirigiéndose al jefe de la tribu antagonista, ya sea requiriendo la intervención del grupo femenino de ésta. Para firmar la paz o el armisticio era enviada una mujer

vestida de blanco y con los ornamentos indicados para la ocasión. Al lado de este papel de pacificación y reconciliación, las mujeres podían tener también funciones en el propio seno del conflicto. Por ejemplo, entre los dovala del actual Camerún la mujer conducía a los combatientes al campo de batalla. En el momento de las grandes deliberaciones —destitución o nombramiento del jefe, alianzas o guerras, etc.— ciertos grupos consultaban a las mujeres. Por lo general, las ancianas participaban en las asociaciones de notables y tomaban parte en sus deliberaciones, por lo que lograban intervenir directamente en la administración pública.

Pero era fundamentalmente a través de las asociaciones que las mujeres poseían una influencia política mayor. Las funciones económicas y religiosas de estas asociaciones les daban un poder a veces superior al de los hombres, los cuales temían particularmente las acciones femeninas en el campo religioso. Tales asociaciones se repartían las zonas de influencia con las asociaciones masculinas, pero en el sector agrícola siempre había predominio femenino.

El objetivo original de las asociaciones femeninas era fundamentalmente el de proporcionar ayuda mutua. Poco a poco, éstas se transformaron y su objetivo se desplazó hacia la participación en los destinos de la sociedad global. Las asociaciones se convirtieron entonces en movimientos femeninos de gran influencia en las sociedades tradicionales e incluso en las sociedades modernas. Organizadas alrededor de valores tradicionales —ayuda mutua y solidaridad—, las asociaciones profesionales así como las de vendedoras en el mercado formaban importantes grupos de presión los cuales, al votar en bloque acerca de determinadas cuestiones, lograban un gran peso político. En Nigeria, por ejemplo, las asociaciones de vendedoras en el mercado siempre fueron consultadas por las autoridades.

Al introducir una nueva lengua, que no se enseñaba a las mujeres, y estructuras económicas y sociales totalmente ajenas al mundo femenino, la colonización excluyó por completo a las mujeres de la formación ofrecida a los nuevos cuadros. Después de la islamización, fue la colonización europea la

que más agravó la condición de ostracismo que mantenía a las mujeres apartadas de la vida pública. La administración colonial hizo caso omiso del voto femenino, al contrario de los partidos africanos que comenzaron a organizarse en los años 40, para comenzar en seguida la lucha por la independencia.

El RDA (*Rassemblement Démocratique Africain*) fue creado en Bamako en 1946 y en el mismo año fue organizado su comité de mujeres. En los años cincuenta se organizaron las asociaciones femeninas de la mayoría de los partidos africanos. Las reuniones de esas asociaciones, reservadas a las mujeres, casi siempre terminaban en bailes, en una viva demostración de la coexistencia de las tradiciones en la militancia política moderna en el seno de un mismo partido político.

El hecho de inscribirse en un partido representaba para las mujeres una verdadera opción. A pesar de todos los factores en contra, la voluntad de participar y la importancia de esta participación política quedó clara en las elecciones municipales senegalesas, en donde las mujeres representaban 21 % del cuerpo electoral. Es interesante observar que en regiones como Níger y el norte de Malí, donde la mayoría de la población es musulmana, el número de mujeres inscritas era mucho menor. A partir de 1954 las mujeres de Guinea se lanzaron a la lucha por la descolonización, pero fue en Togo donde, en 1950, las primeras mujeres africanas fueron electas para puestos políticos.

En África, la participación política femenina empezó más o menos al mismo tiempo que la de los hombres, por lo menos en lo que se refiere a la lucha anticolonial. Doce años después de la creación del RDA las mujeres ocupaban puestos de dirección del más alto rango. Pero en las antiguas colonias francesas del continente, fue tan sólo en 1958 cuando todas las mujeres obtuvieron el derecho al voto.

La combatividad femenina quedó demostrada en diversas ocasiones, y siempre estuvo basada en los valores tradicionales de solidaridad y ayuda mutua, expresándose a través de la utilización frecuente de los ritos, cantos y danzas tradicionales, todo en un contexto de reivindicaciones políticas y económicas típicamente moderno. Una de las más significativas rebe-

liones femeninas de índole política fue la marcha de mujeres sobre la prisión de Grand Bassan en 1949 (Abdijan, Costa de Marfil), cuyo objetivo era obtener la liberación de los políticos africanos encarcelados por las autoridades coloniales.

Al ser afectadas en sus intereses económicos las mujeres también reaccionaron contra las autoridades coloniales; por ejemplo, en el caso de la revuelta Ibo de 1928-29 en Nigeria, la cual movilizó más de 2 millones de personas. La rapidez del desarrollo de estos movimientos, y su importancia, ilustran bien la cohesión y fuerza de las mujeres y de sus organizaciones.

Después de las respectivas independencias, las mujeres continuaron manteniendo relaciones conflictivas con las autoridades al ser dañadas por medidas fiscales que sentían como abusivas o al tomarse cualquier otra medida que perjudicara a la comunidad femenina. Estos conflictos siempre tenían como fundamento la tradición de los grupos femeninos y tendían a la cooperación en interés de la colectividad.

Hoy en día las organizaciones femeninas tradicionales son todavía numerosas; ellas mantienen y hacen respetar costumbres que, muchas veces, entran en contradicción con las actitudes y comportamientos de las nuevas generaciones. Éstas participan activamente de las nuevas organizaciones femeninas de tipo moderno que, en casi todos los países, se superponen o sustituyen a las asambleas tribales. Profesionales, religiosas o educativas, tales asociaciones están agrupadas en una organización central a nivel nacional, por lo general adscrita al partido político en el poder.

La falta de autonomía de las asociaciones femeninas provocó la pérdida de su vigor y, por consiguiente, de sus antiguos poderes. Tal fenómeno parece generalizado, justamente cuando las sociedades africanas tratan de recuperar su cultura y su pasado histórico, en la tentativa de lograr un nuevo equilibrio después del impacto de la colonización. Se hace hincapié principalmente en el rescate de la antigua complementariedad entre los papeles masculinos y femeninos, la cual hoy parece globalmente destruida. A pesar de ésto, la solidaridad femenina, aun al nivel de asociaciones tuteladas y

controladas por el poder oficial, puede encontrar nueva energía y capacidad de movilización, como de hecho ocurrió en agosto de 1977 cuando las comerciantes de Guinea-Conakryx, lograron de Secou Touré la satisfacción de sus reivindicaciones.

El papel económico

La división por sexo, que marcaba todas las actividades en la sociedad tradicional, regulaba la división del trabajo. Las mujeres eran integradas en la producción al mismo nivel que los hombres, y las actividades económicas eran complementarias. La noción de complementariedad de las tareas no implicaba la superioridad del trabajo masculino sobre el femenino y viceversa, lo cual es fundamental para entender la importancia del papel económico de las mujeres en la sociedad tradicional.

En la antigua división del trabajo, que subsiste todavía en el interior de ciertas comunidades, los hombres se encargaban de la defensa, de la caza y de la deforestación, mientras que las mujeres se dedicaban a la recolección de tubérculos, hojas, frutos y animales pequeños, además de todos los trabajos agrícolas, desde la siembra hasta la cosecha.

En las sociedades tradicionales los brazos eran los principales medios de producción. Cuanto más grande era la familia mayores eran sus posibilidades de producir alimentos y, por ende, de perpetuarse. En este contexto, la mujer no era solamente un factor de producción —por su actividad económica— sino también un factor de reproducción de los medios de producción.

La importancia del papel productivo de las mujeres les confería una posición de fuerza y de equilibrio dentro del grupo. Desde el punto de vista económico, las mujeres eran independientes y disponían libremente de la producción de su parcela. La tierra que pertenecía al clan era, en principio, administrada por las asociaciones que le daban a cada mujer una parcela en usufructo. En caso de muerte, la tierra pasaba a otra mujer, no necesariamente de la misma familia de la an-

tigua poseedora. La producción de cada una de las parcelas era, en parte, destinada a la subsistencia de la familia; el excedente se trocaba o se vendía y la ganancia pertenecía exclusivamente a la mujer.

En casi toda la parte francoparlante africana, la agricultura era una actividad esencialmente femenina. Raros eran los grupos en donde las mujeres no trabajaban en la tierra. En algunos de ellos éstas sólo participaban en una parte del proceso agrícola como, por ejemplo, entre las mujeres Songhay de Malí. Por lo general los hombres no cultivaban, de manera que todas las decisiones concernientes a las actividades agrícolas estaban en manos femeninas. Hubo, sin embargo, excepciones, como entre los manianka de Malí, donde, fuera de la deforestación y fertilización del suelo —tareas respectivamente masculinas y femeninas—, hombres y mujeres compartían por igual la ejecución de todas las operaciones agrícolas.

En las sociedades descentralizadas, la función económica de las clases por edad y de las asociaciones femeninas era fundamental. En las clases por edad, desde muy temprano las niñas participaban en la producción. Las asociaciones femeninas tenían, en principio, toda la responsabilidad de las actividades agrarias: fijación de las fechas de los trabajos agrícolas, ritos agrarios, protección de las cosechas y división de las tierras entre los productores. Las mujeres se unían económicamente formando grupos para el cultivo, la siembra y la cosecha de la tierra de cada una por vez.

En las sociedades pastoriles —islamizadas en su mayor parte— la situación de la mujer era menos equilibrada. Considerada como una actividad noble, la crianza del ganado era una tarea exclusivamente masculina, mientras que la agricultura, tarea femenina, era muy desvalorizada. El papel económico de la mujer era menos importante, y menor su integración, no sólo en las actividades productivas sino también en la vida social y en las actividades religiosas. Sin embargo, la preparación y la venta de los productos lácteos le proporcionaba cierta independencia económica. Así, las mujeres bororo, peuls nómadas de Níger, a veces utilizaban el producto de es-

ta venta para comprar carneros, pero tal capacidad comercial quedaba restringida al ámbito individual. Las mujeres no se asociaban ni se organizaban, a pesar de las oportunidades que tenían de encontrarse y discutir en el mercado.

En las organizaciones sociales estratificadas existían ciertas castas netamente delimitadas que eran las únicas con derecho a emprender actividades de transformación de la naturaleza en útiles y bienes. Estas castas eran endogámicas, y la profesión era hereditaria. Ocupaciones tales como las de los tejedores, los alfareros y los carpinteros estaban reservadas exclusivamente a los miembros de dichas castas y se ejercían en el ámbito de las familias. Hombres y mujeres trabajaban juntos.

El Islam modificó la situación de las mujeres, sobre todo por los cambios en sus funciones económicas. La religión musulmana apartó a las mujeres de los circuitos económicos, en los cuales la sociedad tradicional les había conferido un papel destacado. La disminución del papel económico femenino, empezada con la expansión islámica, recibió el tiro de gracia con la colonización. Se desarrollaron entonces tanto una tendencia a la disminución de la división sexual del trabajo como mecanismos capitalistas de producción, lo que modificó las condiciones de vida y repartición de las tareas, por lo general en detrimento del grupo femenino. El antiguo equilibrio entre la oposición y la complementariedad de los universos masculino y femenino se perdió. Al desaparecer la antigua división del trabajo, lo que era actividad complementaria se transformó en simple utilización de la fuerza del trabajo femenino. Las nuevas estructuras sociales a la occidental, y el debilitamiento del grupo familiar grande tendían a aproximar a la pareja, no sin dificultad, ya que esta aproximación era contradictoria con la persistencia de ciertas tradiciones. De esta manera, como las mujeres no podían heredar bienes del esposo, subsistía una rigurosa separación de los ingresos, con el rechazo de las mujeres por invertir junto con los maridos. Dada la imposibilidad de constituirse en sus herederas, ¿para qué asociarse a ellos?

En el medio rural, más cercano a las tradiciones, las mujeres conservaban una cierta independencia económica ya que

vendían el excedente de sus cultivos de subsistencia en los pequeños mercados locales. De hecho, las mujeres campesinas continuaron siendo el principal medio de sostén de la familia. Los grupos de trabajo colectivo subsistieron y se desarrollaron, organizando el transporte y la venta de los productos y representando, a veces, el papel de una cooperativa agrícola. En otras ocasiones estos grupos femeninos fueron creados para mejorar —con nuevas técnicas— una determinada producción, la de harina de mandioca, por ejemplo.

Pero la colonización agravó las condiciones de existencia de las mujeres. El desarrollo de los cultivos de exportación reforzó la posición económica de los hombres y, de esta forma, la mujer perdió el lugar que le daba la economía tradicional. El hombre se emancipó de las estructuras tradicionales a costa de la mujer, disponiendo frecuentemente de los bienes de la pareja sin consultarla.

Con los monocultivos de exportación —café, cacao, cacahuates, etc—, los hombres empezaron a detentar la primacía en las cosechas, la venta y la comercialización, o se constituyeron en propietarios de las plantaciones. Las mujeres no eran más que auxiliares agrícolas. Hombres y mujeres pasaron a participar juntos de los trabajos agrícolas, pero lo que antes era una actividad complementaria se transformó ahora en explotación de la mano de obra —barata— femenina. Integradas o no en los cultivos de exportación, las mujeres continuaron encargadas de los cultivos de subsistencia, con el consecuente aumento de la desigualdad en la repartición del trabajo, y la disminución de la autonomía económica femenina. Los grandes terratenientes polígamos utilizaban a sus numerosas esposas como mano de obra casi esclava: los cultivos de exportación transformaron la poligamia en una especie de acumulación capitalista de los medios de producción.

La migración hacia las ciudades fue motivada, en primer lugar, por razones económicas. La desarticulación de la economía tradicional, la introducción del dinero y de los impuestos cobrados por el colonizador originaron nuevas necesidades y provocaron la búsqueda de oficios asalariados, más abundantes en las ciudades que en el medio rural. Entre las

mujeres que migraban hacia la ciudad es necesario distinguir entre las que iban acompañadas de sus maridos y las solteras o divorciadas, las cuales eran por lo general escolarizadas y buscaban no sólo una renta personal sino escapar del dominio familiar y de la presión social, ambos muy fuertes en el campo. Las mujeres casadas, privadas de sus familias y sus pedazos de tierra, se volvían más dependientes de los esposos. Carentes de actividad profesional, se quedaban en la casa y dependían del sueldo del marido. Al no estar integradas económicamente, no podían participar de la producción ni de la célula económica de base, como en la sociedad tradicional. En la familia urbana, sólo una pequeña fracción de sus componentes es apta para la producción.

Las mujeres intentaron, sin embargo, obtener una renta personal gracias a actividades como la costura, la jardinería y, sobre todo, el comercio. Fue en este último sector donde obtuvieron los mejores resultados. Desde las vendedoras de legumbres de los mercados hasta las ricas comerciantes de la región del golfo de Benín, las mujeres demostraron tener una innegable capacidad para el comercio, lo que les permitió recuperar la independencia económica que poseían en la sociedad tradicional. Tal hecho es particularmente notable entre las mujeres yoruba, que además reciben una educación orientada hacia las actividades lucrativas. En sitios como Costa de Marfil, Ghana, Togo, Benín y Nigeria las grandes comerciantes detentan ciertos monopolios —sobre todo el de los tejidos— y se imponen por su poder económico, llegando a veces a crear servicios de asistencia social tales como maternidades y escuelas para las comunidades. Pocas de estas comerciantes son alfabetas y, sin embargo, manejan la contabilidad y estructuras financieras de largo alcance. En Togo estas mujeres fueron llamadas “Mamá Benz”, pues la compra de un automóvil Mercedes Benz era el símbolo de su éxito. Desde el Senegal hasta el Congo, en todas las ciudades grandes o pequeñas y principalmente en las regiones costeras, los mercados presentan una importante proporción de mujeres vendedoras. La mayor parte de ellas es analfabeta, pero gracias a su intuición e ingenio su comercio prospera y, gracias a su orga-

nización en asociaciones, constituyen una gran fuerza de presión.

Las mujeres yoruba poseen asociaciones para la organización de los mercados. Estas asociaciones agrupan a mujeres de cada ciudad según lo que venden, ya sea producido o comprado. A través de tales asociaciones, las mujeres se informan unas a las otras sobre los locales donde comprar, sobre la demanda y la decisión de los precios. Dirigidas por la *Yalode*, la jefe del mercado, organizan un sistema de ahorro —el *esusu*— en el cual cada una aporta mensualmente y el total se distribuye cada mes a una de ellas para que se abastezca.

Asociaciones similares existen en Togo —la unión de las revendedoras—, en Guinea y en Ghana, donde apoyaron a N'Krumah contra la competencia extranjera. Ellas controlan los precios, saben hacer valer sus derechos y exponer enérgicamente sus reivindicaciones.

Pero no sólo las comerciantes se organizan económicamente. En Dakar —las mujeres oulof y lebou—, en la República de los Camarones y también en otras regiones, las mujeres crearon un sistema similar de cotización mensual, una especie de ahorro sin rendimiento de interés. El total corresponde a cada una por vez y en general es utilizado para la concretización del matrimonio, para una compra importante o para realizar proyectos como la peregrinación a la Meca. Tal tipo de asociación esencialmente económica no existía en la sociedad tradicional.

Por razones psicosociales, económicas y religiosas el medio familiar era hostil a la escolarización de las niñas y durante mucho tiempo se descuidó su educación, de allí que la mayoría de las mujeres no posea ninguna formación profesional, lo que en el medio urbano las transforma en mano de obra no especializada y por ende subempleada. El nivel más bajo del salario femenino —donde se encuentra la mayor parte de las mujeres provenientes del medio rural— es el del servicio doméstico, seguido por el de las obreras y las empleadas en el comercio. Las mujeres escolarizadas, una verdadera minoría, son maestras de primaria, parteras, enfermeras, secretarias, telefonistas y empleadas de oficinas en industrias,

bancos y comercios. Entre estas últimas, mucho más dinámicas, empezaron a surgir asociaciones profesionales.

De hecho, la idea de sindicatos exclusivamente femeninos no es nueva. En 1955-1956, en Bamako, se organizó el Inter-sindicato de las Mujeres Trabajadoras que tuvo gran éxito en el medio femenino, pero que suscitó violentas reacciones por parte de los hombres. Después de las independencias los poderes políticos institucionales canalizaron gran parte de este tipo de asociaciones, uniéndolas casi siempre al partido único en el poder, quitándoles así su autonomía, creatividad y combatividad.

Actualmente las élites femeninas son conservadoras en su gran mayoría y ocupan puestos privilegiados tales como el de jueces, abogados, médicos, etc. Es difícil verlas asumir un liderazgo político y el sentimiento de clase ha suplantado la tradicional solidaridad femenina.

Como conclusión vale la pena subrayar el predominio y la constancia de dos ideas básicas en relación a las mujeres negras del África Occidental.

La primera es la ambivalencia de la imagen de la mujer, estrechamente vinculada a la sangre. De la misma manera como el agua irriga la tierra, la sangre irriga el cuerpo vivo, pero la sangre es también señal de muerte. Así, en el inconsciente colectivo la mujer cumple el mismo papel dual: es un medio de pasaje hacia la vida y, además, un signo de muerte. Eslabón entre la naturaleza y el hombre, entre el hombre y las divinidades, entre la naturaleza y la cultura, la mujer es la fuente de todo bien y de todo mal. Madre que alimenta, benéfica o culpable de la penuria y de la muerte, la mujer es al mismo tiempo temida, respetada y despreciada. Muchos ritos de iniciación masculinos previenen contra las mujeres. Tal desconfianza parece deberse en parte al horror de la sangre y a los peligros mágicos que implica la menstruación —signo de no fecundidad, de esterilidad temporal y, por ende, de peligro. La mujer es entonces considerada impura y su contacto se considera como contaminante. Al traer consigo la esterilidad, debe quedar apartada de los altares, de las plantaciones y del gana-

do. Por lo tanto, la noción de impureza femenina está estrechamente ligada a su fecundidad o esterilidad.

La desconfianza masculina en relación a las mujeres engendra estados de defensa que están en la base de la solidaridad femenina. La solidaridad es la segunda noción dominante y está en el origen de todas las formas de organización femeninas. Esta capacidad organizativa se convirtió en un factor de dinamismo social, pues las asociaciones femeninas se reajustan para hacer frente a los cambios y al mismo tiempo para reforzar la solidaridad ante las nuevas situaciones. Por otra parte, las uniones y reacomodos no se hacen en el sentido de la adaptación a las nuevas estructuras, sino como una resistencia a ellas.

En la época de la colonización las mujeres del medio rural formaron una barrera en contra de la civilización occidental y por su resistencia a la destrucción de la civilización negroafricana fueron consideradas como un freno y obstáculo a la evolución del continente. En realidad eran verdaderas revolucionarias. La lucha de las mujeres contra el abandono de los valores tradicionales fue una forma de luchar contra el invasor. Puede parecer contradictorio calificar de revolucionaria una actitud que buscaba preservar las tradiciones, pero cuando tal preservación significa resistir y luchar contra un invasor la contradicción entre tradición y revolución desaparece.

Traducción del portugués:
MANOLO GARCÍA FLORENTINO

Bibliografía

Libros

ANNÉE INTERNATIONALE DE LA FEMME, *Les Journées Internationales de Paris, Mars 1975*, Plaquette editée sous l'égide du Ministère de la Coopération avec la participation technique de Mme. Andrée Audibert, París, 1975, 40 p.

AUDIBERT, ANDRÉE, *Le Service Social en Afrique Francophone dans une Perspective de Développement— l'époque coloniale*, (Thèse pour le doctorat de spécialité en Sciences Sociales du Travail),

- Paris, Université de Paris I, 1977, 2 Vols., 594 pp. annexes 190 pp.
- BALANDIER, GEORGES, *L'Afrique Ambigue*. Paris, Plon, 1957, pp. 291.
- _____, *La Civilisation de la Femme dans la Tradition Africaine*, Abidjan, 1972.
- DESCHAMPS, HUBERT, *L'Afrique Noire Pre-Coloniale*, Paris, PUF, 1976, 128 pp.
- _____, *Les Institutions Politiques de L'Afrique Noire*, Paris, PUF 1970, 128 pp.
- _____, *Les Religions de L'Afrique Noire*. Paris, PUF 1954, 128 pp.
- DIABATE, HENRIETTE, *La Marche des Femmes sur Grand Bassan*, Abijan/Dakar, Les Nouvelles Editions Africaines, 1975, 63 pp.
- KEITA, AWA, *Femme d'Afrique. La Vie de Awa Keita Racontée par Elle Même*. Paris, Presence Africaine, 1975, 397 pp.
- PAULME, DENISE, *Les Civilisations Africaines*. Paris, PUF, Collection Que sais-je No. 606, 1974, 128 p.
- _____, (Org.), *Femmes D'Afrique Noire*. Paris, Mouton, 1960, 281 pp.
- THÉ, MARIE PAULE DE, *Des Sociétés Secrètes aux Associations Modernes. La Femme Dans la Dynamique de la Société Beti-1887/1966*. (Thèse de Troisième Cycle), Paris, E. P. H. E., 1970, 2 Vols., 477 pp., annexes 49 pp.
- THIAM, AWA, *La Parole aux Négresses*. Paris, Denoel/Gonthier, Collection *Femme*, 1978, 199 pp.
- VICENT, JEANNE FRANCOISE, *Traditions et Transitions. Entretien avec des Femmes Beti du Sud Camerun*. Paris, Editions Berger Levrault, 1976, 167 pp.

Revistas

Actuel Développement
Afrique Contemporaine
Afrique Documents
Bulletin de L'I. F. A. N.
Coopération et Développement
Diogenes
Encyclopedie Mensuelle d'Outre Mer
Etudes Camerounaises
Journal de la Société des Africanistes
Notes Africaines
Présence Africaine

Recherche, Pédagogie et Culture
Révue Juridique et Politique Indépendance et Coopération
Révue Juridique et politique de L'Union Française
Tropiques

(De los artículos consultados en diversos números de estas revistas entre 1941 y 1976, más de las dos terceras partes fueron escritos por mujeres).